

La represión de la cultura es presentada como un avance; la ampliación de la zona de influencia imperialista es presentada como sostén de los oprimidos; la ausencia de libertad como la expresión de la más alta forma de libertad; la farsa electoral como la más alta forma de democracia; la prohibición del pensamiento independiente se presenta como la concepción más elevada del mundo; la ocupación (militar) como una ayuda fraterna. El poder es cautivo de sus propias mentiras. Falsifica el presente, falsifica el porvenir. Falsifica los datos estadísticos. Finge no tener un aparato policiaco todo potente y capaz de todo, finge respetar los derechos humanos; finge no perseguir a nadie. Ese poder finge no tener miedo; finge no tener nada que fingir.

—Vaclav Havel

Autores / actores / testigos

George Steiner

Escribo esta nota el 5 de diciembre de 1989. Tal vez sea absurdamente anacrónica cuando aparezca publicada.

Ése es el punto más obvio. La velocidad de los acontecimientos en Europa del Este, las febriles complejidades del "colapso interno y los realineamientos son tales que los periódicos de la mañana son ya obsoletos antes del anochecer. Puede haber habido *accelerandos* comparables antes de éste: en Francia, de junio a septiembre de 1789 (hay un perturbador salto de esa fecha a la nuestra), o durante aquellos diez días que conmovieron al mundo en el Petrogrado de Lenin. Pero la escala geográfica del actual terremoto, su diversidad ideológica y étnica, los intereses planetarios que están en juego, sí hacen casi imposible responder con sensatez, menos aún tener del futuro alguna idea que merezca atención.

Un toque de jubilosa ironía se nos permite ante este triunfo, precisamente, de lo inesperado. Ninguna lumbrera de la economía, ningún estratega de la geopolítica, ningún "kremlinólogo" o analista socioeconómico previó lo que estamos viviendo. Había, desde luego, especulaciones de todo tipo sobre la decadencia de las instituciones y los medios de distribución en la Unión Soviética. En los naipes se adivinaba un cierto tipo de desafío en Polonia. Pero toda la pretenciosa jerga, los cuadros de proyección econométrica, los formalistas estudios sobre las relaciones internacionales han resultado fatuos. Estamos de vuelta en Plutarco. El apocalipsis de la esperanza ha sido desencadenado por un solo hombre.

Los historiadores generarán volúmenes de postvisión, los sociólogos y los economistas harán malabarismos con los determinantes y las certezas predecibles. Palabrería. El hecho es que no sabemos prácticamente nada del pánico intuitivo, la alarmada visión, la estocada del taurín en lo desconocido que pueden haber suscitado o no el trastocamiento por Gorbáchov del orden viejo, esclerótico pero: ciertamente defendible. Si Plutarco no nos sirve, estamos de vuelta en lo milagroso, en las lágrimas de la Virgen Negra por Polonia, en los santos y patriarcas incensados que se han compadecido por fin del largo estrangulamiento de Hungría, de Bulgaria. Estamos de vuelta en el enigmático latir de lo mesiánico.

Segunda glosa: la cardinal ambigüedad del papel de Estados Unidos. Ese papel es ahora

casi surrealísticamente irrelevante. Bush balanceándose sobre las olas de Malta es una imagen exacta. Estados Unidos parece estar convirtiéndose en un coloso provinciano, ignorante de, o indiferente hacia, Europa. Estará ocupadísimo con América Latina y Central, bajo el burlón patrocinio de Japón. Europa está de nuevo librada a sus propias fuerzas.

Por otra parte, la imagen, las "noticias-símbolo" de Estados Unidos han sido decisivas. Los millones que se derramaron hacia Occidente a través del roto Muro de Berlín, los jóvenes de Budapest, Sofía, Praga o Moscú, no están ebrios de alguna abstracta pasión por la libertad, por la justicia social, por el florecimiento de la cultura. La que estamos presenciando es una revolución por televisión, una febril carrera hacia la "promesa californiana" que Estados Unidos ha ofrecido al hombre de la calle en este planeta fatigado. Los estándares norteamericanos de vestido, alimentación, locomoción, entretenimiento, vivienda, son hoy día la utopía concreta de estas revoluciones. Dado que era posible ver *Dallas* al oriente del Muro, el desmembramiento del régimen tal vez resultaba inevitable. Los trofeos arrebatados de todos los estantes de Berlín Occidental por los liberados eran videocassettes, pornocassettes, cosméticos norteamericanos y *fast foods*, y no ediciones de Mill, de Tocqueville o Soljenitsin. Los nuevos templos de la libertad (el sueño de 1989) serán McDonald's y Kentucky Fried Chicken.

De ahí la paradoja: mientras Estados Unidos declina hacia su propia "persecución de la felicidad", la promesa empaquetada, el brillante reflejo de esa persecución se vuelve esencial en Europa del Este y, muy probablemente, en el posmedieval pantano asiático de la Unión Soviética.

Todo puede ir mal todavía. Al parecer, la supervivencia de Gorbáchov pende de un hilo. Es claro que la vieja guardia derechista está desesperada y los nuevos radicales de la izquierda, locamente impacientes. La indiferencia eslovaca enfría la nueva Primavera de Praga. ¿Podrá detenerse la lunática y sádica autodestrucción de Rumania? ¿Qué sucederá si Yugoslavia se parte? No sólo en Pekín hay grandes plazas ideales para los tanques. Uno reza y espera y se alegra y se enfurece con las tibias burocracias del Mercado Común y el remilgado neoaislacionismo de la Inglaterra thatcherista. En todas partes, presenciemos una loca carrera entre el nacionalismo resurgente, los odios étnicos y la fuerza contraria de la potencial prosperidad y el libre intercambio.

Aquella variante del idealismo mesiánico-judaico, de la visión profética de un reino de la justicia en la tierra, que llamamos marxismo, produjo una intolerable brutalidad, enormes sufrimientos y el fracaso en la práctica para cientos de millones de hombres y mujeres. El levantamiento de ese yugo es motivo de la mayor gratitud y el mayor alivio. Pero la fuente del horrendo ocultamiento no es innoble (como la del racismo nazi): reside

en una terrible sobreestimación de las capacidades del hombre para el altruismo, para la pureza, para el sustento filosófico-intelectual. Los teatros de Berlín Este presentaban a los clásicos cuando la gente quería *heavy metal* y musicales americanos. Las librerías exhibían ediciones de Lessing y Goethe y Tolstoi, pero la gente soñaba con Archer y Collins. El actual colapso de los despotismos marxista-leninistas señala el vindicativo fin de un elogio del hombre —probablemente ilusorio— pero positivo a pesar de todo.

¿Qué ocupará el turbulento vacío? La religión fundamentalista rasca con sus zarpas nuestras puertas. Y el dinero nos grita. Occidente habita en un salón de juegos de video enloquecido por el dinero. Las máquinas tragamonedas científico-tecnológicas tintinean y lanzan brillantes destellos: Pero los imperativos de la intimidad, de la imaginación autónoma, del tacto y el espíritu y el escrúpulo ante los valores no utilitarios se oscurecen. Y devastamos el mundo natural. Sólo un mandarín autista negaría a la masa de sus prójimos, hombres y mujeres, los mejores niveles de vida, el pan y el circo por los cuales ahora luchan, emigran o sueñan. Pero si uno está poseído por el cáncer del pensamiento, del arte, de la especulación utópica, las sombras estarán también presentes en el corazón del carnaval.

El látigo en una mano; la hamburguesa con queso en la otra. El Gulag del antiguo Oriente; la inserción de anuncios de pantimedias entre las secuencias de las cámaras de gas en Holocausto por televisión en el nuevo Occidente. Se tiene que demostrar que ésa es una alternativa falsa, si el hombre ha de ser el hombre. ¿Hará la ruptura de los muros que las opciones sean más fructíferas y significativas, más afines al potencial y las limitaciones humanas? Sólo un tonto se pondría a profetizar.

PD. 11 de diciembre. Los acontecimientos se han acelerado de hecho en los últimos seis días. A la cabeza de la policía secreta de Praga se encuentra ahora un hombre que era su prisionero hace menos de cuatro semanas. No hay gobierno estealemán. Bulgaria se inclina hacia un esquema multipartidista. Las repúblicas bálticas desafían a Moscú.

Puedo precisar más la noción de cómo el marxismo sobreestimó al hombre. Se trata del error de Moisés otra vez (recordad sus cóleras desesperadas y su muerte poco antes de llegar a la tierra prometida), y de la ilusión de Cristo otra vez. Mientras ese error, y su brutal costo, una vez más quedan demostrados y se enmiendan, ¿arderá de nuevo, en el sentido persistentemente escatológico, el odio a los judíos? Ya vemos horrendas señales en Hungría y Alemania.

Czeslaw Milosz

¿Qué pasará ahora? ¿Significa la victoria del sistema multipartidista en los países de

Europa central y oriental el fin de su alejamiento de Occidente? ¿Reconocerán, al introducir la clásica división de poderes —legislativo, ejecutivo y judicial—, la supremacía de todos los valores occidentales? ¿Serán los años de sufrimiento bajo el dominio totalitario tachados, borrados, y la gente empezará desde cero? ¿Deberán los pensadores, poetas y artistas aceptar el papel un tanto marginal que se les asigna a sus colegas occidentales en sociedades dedicadas a comprar y vender?

Estas preguntas son importantes, porque tienen que ver con el sentido más profundo del siglo XX. Durante muchas décadas, los dos bloques siguieron caminos culturales diferentes: el occidental abierto, el oriental clandestino. Cumpliendo la profecía de Friedrich Nietzsche sobre el "nihilismo europeo"; el pensamiento y el arte occidentales no nos ofrecían, a los habitantes del Este, mucho alimento. La mayoría de los escritores occidentales parecían frívolos e irresponsables; medidos según exigencias artísticas, parecían indiferentes a una jerarquía de la calidad y del gusto. La mayoría de los directores de cine y televisión occidentales nos escandalizaban por su atolondramiento y su falta de interés en las necesidades de la imaginación humana, que se embota si está constantemente expuesta a escenas de violencia y perversión. No respetábamos a los destacados intelectuales ingleses, franceses y norteamericanos que elogiaban a la distancia la horrible realidad totalitaria. Nos encogíamos de hombros cuando se mencionaban sus nombres, así fuesen los de Bernard Shaw o Jean-Paul Sartre. Nosotros, en el Este, conocíamos las palabras de Auschwitz y Bergen-Belsen, pero Occidente no aprendió las palabras Kolyma, Vorkuta, Katyn.

El fracaso del sueño de Marx ha creado la necesidad de otro sueño, no del rechazo de todos los sueños. No hablo de un "socialismo con rostro humano", porque eso pertenece al pasado: Hablo en cambio de una preocupación por la sociedad, la civilización y la humanidad en una época en que la idea decimonónica del progreso se ha agotado y una idea relacionada con ella, la revolución comunista, se ha desintegrado. Lo que queda hoy día es la idea de responsabilidad, que trabaja contra la soledad y la indiferencia del individuo que vive en el vientre de una ballena. Junto con la memoria histórica, la creencia en la responsabilidad individual ha contribuido al movimiento de Solidaridad en Polonia, a los frentes nacionales en los estados bálticos, al Foro Cívico en Checoslovaquia. Espero que el torbellino desatado en esos países no haya sido una fase temporal, el paso a una sociedad ordinaria de asalariados y consumidores, sino el nacimiento de una nueva forma de interacción humana, un estilo y un sueño no-utópicos.

Iván Klima

Las primeras fotos de la manifestación del 17 de noviembre en Praga eran de unas muchachas que les ponían flores en los escudos a los policías antimotines. Más tarde, la policía se puso agresiva, pero su rabiosa brutalidad no logró provocar una sola respuesta violenta. No fue dañado un solo coche, no se rompió ni un cristal durante las diarias manifestaciones de cientos de miles de personas. Los carteles que colgaron los estudiantes en huelga en las paredes de las casas, en las estaciones de metro, en los escaparates y en los tranvías llamaban a una protesta pacífica. Las flores se convirtieron en el símbolo del Foro Cívico.

Sólo recientemente hemos visto la fragilidad del poder totalitario. ¿Es realmente posible que unos pocos días de protestas —únicas en la historia de las revoluciones por su pacifismo— pudieran derrocar aun régimen que ha acosado a nuestros ciudadanos durante cuatro décadas?

El resto del mundo casi había olvidado la invasión a Checoslovaquia en 1968 por los ejércitos de cinco países. Todavía ahora, apenas si se ha recuperado nuestra nación de esa invasión; lo que no se recobró fue la fuerza principal del país, el Partido Comunista. Al convertir, inmediatamente después, la aprobación de la invasión y de la ocupación en condición para ser miembro, el Partido se privó de casi todos los patriotas y de quienes valían la pena, y se volvió para el resto de la nación un símbolo de la decadencia moral y de la traición. El gobierno, perdida entonces su autoridad y su inteligencia, pasó a devastar cultural, moral y materialmente al país. Un país económicamente maduro cayó entre los países en desarrollo, a la vez que lograba un éxito notable en contaminación atmosférica, incidencia de tumores malignos y corta expectativa de vida.

El poder irrestricto alimenta la arrogancia. Y la arrogancia no amenaza sólo al súbdito sino también al gobernante. En Checoslovaquia, el partido gobernante, privado de una élite y de cualesquiera personalidades destacadas, combinó la arrogancia con una provocativa estupidez. Persistió obstinadamente en la defensa de la ocupación de Checoslovaquia, considerándola un acto de liberación en una época en que incluso los invasores estaban reexaminando el pasado. De hecho, el gobierno llegó incluso a sugerir que las disculpas que presentaban los gobiernos húngaro y polaco por su participación en la invasión constituían interferencias en los asuntos internos del país. ¿Cómo podía la nación considerar a ese gobierno como propio?

Los meses que precedieron a los sucesos de noviembre, por estáticos que parecieran en comparación con la agitación reinante en los países vecinos, fueron en realidad un periodo de espera a que las circunstancias cambiaran. El régimen, incapaz de discernir su total aislamiento, en relación tanto con su propia nación como con la comunidad de naciones, reaccionó con su manera habitual ante una manifestación pacífica para conmemorar la

muerte de un estudiante asesinado por los nazis hace cincuenta años. No podía haber elegido un momento peor: la paciencia de la nación silenciosa estalló de golpe; las circunstancias habían cambiado por fin.

Nosotros, que continuamente habíamos intentado exhibir la bancarrota del régimen, nos sorprendimos de la rapidez con que se hundió bajo los golpes de esa única arma, la verdad, expresada por los manifestantes —estudiantes y actores que inmediatamente se fueron al campo a llamar a la gente— y luego difundida por unos medios ya no dispuestos a servir a un régimen mendaz y brutal. La no violencia fue la única arma que tuvimos que usar contra el poder violento. ¿Seguirán siendo así de magnánimos aquellos a quienes se robó, se hostigó y se humilló? Mientras puedan serlo tendrán en sus manos la posibilidad de realizar la idea de una Europa democrática, una Europa para el siguiente milenio, una Europa de naciones que viven en una mutua paz interna.

Josef Škvorecky

Éstos son días de comprensible y espero que no prematuro júbilo en Checoslovaquia. La generación de jóvenes de veintitantos años que fueron descalabrados por la policía y lograron derribar el monopolio de poder del Partido Comunista, están rebosantes del más puro gozo no contaminado por una sola —ni la más diminuta— gota de tristeza. Así debe ser porque es natural. Los jóvenes de veintitantos años no han perdido nada todavía y sólo unas condiciones de extrema gravedad pueden privar a una persona de la alegría, el ansia y el entusiasmo que es la juventud. Las dificultades, los malos tratos, los intentos por limitar su libertad aparecen ante los jóvenes como aventuras, de las que el régimen les ha proporcionado en abundancia, particularmente en sus lunáticas campañas contra su música favorita. De esas cruzadas, los jóvenes volvieron victoriosos, años antes del actual triunfo. Nada empaña ahora su euforia.

Si contemplamos la generación de sus padres, ahora alrededor de los cuarenta años, el cuadro cambia. Hace dos décadas, cuando a su vez tenían veinte años, esta generación estaba tan eufórica como ahora sus hijos. Pero la Gran Mentira descendió sobre Checoslovaquia y los que iniciaban su vida adulta en 1968 perdieron sus años más creativos y potencialmente felices ante la abominación llamada *Realsozialismus*. Hay tristeza en su regocijo, pero aún tienen buenas razones para alegrarse: a los cuarenta, todavía se puede empezar de nuevo y casi falta por vivir la mitad de la vida.

Para las abuelas y abuelos, ahora de sesentaitantos años, la tristeza se convierte en amargura. Son la generación de las minas de uranio, de los procesos ejemplares, de las pequeñas argucias para investigar antecedentes sospechosos; la generación severamente

vigilada para la cual el ingreso a las universidades no estaba determinado por el talento sino por la confiabilidad política. Demasiados de ellos no pudieron jamás lograr lo que a los veinte, cuando la vida era esperanza y ansiedad, habían pensado que lograrían. A los sesenta es demasiado tarde.

Desde luego, todos se alegran cuando doblan las campanas por los regímenes opresivos que han estado deformando las vidas humanas en Checoslovaquia desde 1939, si éste es de verdad su fin definitivo. Pero quienes vivieron allí no pueden olvidar alegremente lo que ocurrió en la totalitaria "vía al socialismo". Ese camino está literalmente empedrado con cráneos humanos. ¿A dónde llevaba? ¿A la seguridad social de la cárcel? En muchos países no llevaba ni siquiera a eso, sino más bien a una sociedad parecida a un campo de concentración.

Todo parece un gran chiste del que la historia ha hecho víctima a la humanidad. El chiste, sin embargo, es negro como el ébano.

Tal vez los días de los totalitarios estén contados en toda Europa. Fuera de ella evidentemente no lo están; en algunos lugares, apenas si comienzan. En las universidades de Occidente los profesores todavía predicán la teoría que sirvió de columna vertebral al más duradero de los dos mortíferos experimentos sociales de nuestro siglo. Pero Marx tenía razón en una cosa: el único criterio de validez de una teoría es su prueba en la práctica.

Alegrémonos, sin duda alguna. No quiero echar a perder la celebración. Es sólo que nunca fui muy bueno para la euforia y no puedo purgar mi mente de ciertos pensamientos. Lo siento.

Christa Wolf

Hace catorce días, tras una conferencia en un pueblo de Mecklenburgo, un médico exhortó a los presentes, que se habían apresurado a transformar la plática literaria en un tratado político, a que cada uno, desde su asiento, diera su opinión en forma abierta y clara, no se dejara atemorizar y no hiciera nada en contra de su conciencia. En el silencio que siguió a sus palabras, una mujer dijo en voz baja y con tristeza: "Eso no nos lo enseñaron". Animada a seguir hablando, narró la evolución político-moral de su generación (los que apenas tienen hoy cuarenta años) en este país: cómo desde pequeña fue acostumbrada a adaptarse, a no salirse nunca de la fila al bailar, a expresar, en particular en la escuela, la opinión que se esperaba de ella, a fin de asegurarse un progreso sin problemas que era tan importante para sus padres. Una esquizofrenia permanente la dejó hueca como persona. Ahora, decía esta mujer, no se podía esperar de golpe que "hablara abiertamente", que

"diera su propia opinión". Ni siquiera sabía, dijo, cuál era su propia opinión.

Trágico hallazgo, si bien no sorprendente. Trágico también porque los rectores de la educación del pueblo, responsables en buena parte de ese hallazgo, lo desmienten desde hace muchos años, lo cubren con un severo tabú para la opinión pública y lo ahogan bajo fragorosos anuncios de éxito; porque todo aquel que, a pesar de todo, señalaba fundamentales deformaciones en los objetivos y métodos de la educación de los jóvenes en nuestras escuelas, se hacía, y posiblemente aún se hace, sospechoso de antagonismo político. Los libros críticos, las piezas teatrales, las películas sobre este tema lo pasaban mal. Los medios de comunicación guardaban silencio o, lo que es peor: tapaban el meollo del problema: que a nuestros niños se les enseña en la escuela a faltar a la verdad y se les daña en su carácter, que se les lleva en andaderas, se les pone bajo tutela y se les desmoraliza —con charlatanería rica en palabras y en imágenes en la que se les servían problemas fingidos y se les resolvían en un abrir y cerrar de ojos. (Me quito el sombrero ante los maestros que, con pleno conocimiento de la situación, y a menudo próximos a la desesperación, intentaron crearles a sus alumnos un espacio en el que pudieran pensar libremente y desarrollarse.) Las organizaciones supuestamente creadas para ellos, que cobraban a los jóvenes más que facilitarles la práctica de una actuación independiente y democrática, los dejaban casi siempre en la estacada. Los afligidos por esta miseria debieron considerar irremediable la lastimosa situación. Precisamente estas experiencias, en las que fueron abandonados por casi todos los adultos, alejaron, estoy convencida, a muchos de ellos. El resultado pudimos observarlo en las pantallas occidentales: masas de jóvenes que en general escapan del país con ligereza y alegría. Trabajadores técnicos bien calificados, secretarias, enfermeras, médicos, vendedores, científicos, ingenieros, meseros, tranviarios. Qué más pueden desear, he oído preguntar a personas de edad que de suyo carecieron de juventud. Pero si éstos lo tenían todo.

Todo, excepto la posibilidad de afilar su conciencia crítica en la contienda con otras concepciones, no sólo de demostrar su inteligencia en materias formativas sino de empeñarla junto a otros en una actividad social importante para ellos, de hacer experimentos, incluso los que después fracasan, de vivir de manera productiva su gusto por la contradicción, sus propios atrabancamientos y cuanto pueda proporcionarles la vitalidad de esta fase de la vida, es decir, de aprender a conocerse. Dar el paso recto. A propósito: ¿Qué fue de los alumnos de la Escuela Carl von Ossietzky en Berlín-Pankow, que hicieron precisamente eso y que por ello —escarnio para el nombre de su escuela— fueron relegados? ¿Cuándo podrán, si lo desean, proseguir su asistencia a la escuela? Y: ¿cuándo se llamará a capítulo a quienes ordenaron proceder con la fuerza contra jóvenes y desarmados manifestantes y ocasionales transeúntes?, ¿cuándo se investigarán, se harán

públicos y se castigarán los sucesos en puestos de policía, en garajes, etcétera, que ocurrieron en obediencia a esas órdenes?

¿Que eso también lo hay en otras partes del mundo? Lo sé, y yo misma lo he observado. Pero no vivimos en otra parte del mundo, sino precisamente aquí, en la parte de Alemania que apenas hace cuarenta años es un Estado que se ha dado la denominación de "República democrática" y se nombra "socialista" todo esto en consciente alternativa al otro Estado alemán, que ciertamente no quiere ser socialista, que por una serie de motivos es más rico que el nuestro y que, si no hay entre nosotros otros valores que compensen el inferior bienestar material del individuo, representa una permanente seducción, en especial para los jóvenes. Para mí fue una liberación el que, desde luego primeramente en Leipzig, frente al coro de voces "Queremos salir" resonara el coro que iba tomando fuerza de "Nos quedamos aquí". En aquellos días alguien me dijo: Tenemos que salvar a la RDA.

"¿Qué es lo que hemos hecho mal?", preguntó una señora de unos sesenta años en la asamblea de lectores de la que hablaba yo al principio. Habló des intensidad con que su propia vida está entretejida en el desarrollo de este Estado; cómo se aferra a los objetivos por los que se comprometió en su juventud. La comprendí bien. Es natural que no quiera negar cuarenta años de su vida; es natural que no deseemos ni podamos borrar cuarenta años de historia. Pero tenemos ante nosotros una pesada tarea: volver a investigar las premisas de esta historia y su desenvolvimiento etapa por etapa, documento por documento, a la luz de sus resultados y del imperativo del día actual. Al hacerlo caerá por tierra un montón de dogmas en los que ya muy pocos creen, entre otros el dogma de los "vencedores de la historia".

Esa consigna —al respecto coincidimos doscientas personas, ya bien entrada la noche, en nuestra "discusión literaria"— ha contribuido a dificultar el entendimiento entre las generaciones en nuestro país. Un pequeño grupo de antifascistas que gobernaba el país transmitió a la población entera su conciencia de la victoria, por motivos pragmáticos, en un momento cualquiera que no cabe determinar con exactitud. Los "vencedores de la historia" dejaron de discutir su verdadero pasado, el de los compañeros de viaje, de los engañados, de los creyentes en la época del nacionalsocialismo. En general les contaban a sus hijos poco o nada de su propia infancia y juventud. Su conciencia subterráneamente mala los hacía ineptos para oponerse a las estructuras y maneras de pensar stalinistas, que durante mucho tiempo sirvieron de piedra de toque del "partidismo" y la "fidelidad a la línea" y todavía hoy no han sido abandonadas radical y públicamente. Los hijos de esos padres, que ahora ya eran totalmente "hijos de la RDA", inseguros de sí mismos, puestos bajo tutela, a menudo heridos en su dignidad, poco hechos a afirmarse en los conflictos y a ofrecer resistencia a exigencias intolerables, no pudieron, a su vez, dar suficiente apoyo a

sus hijos, ni robustecerles el espinazo ni, fuera de la exigencia de buenas calificaciones, transmitirles valores por los que se hubieran podido orientar. Este es también un esquema, ya lo sé, del que hay tantas variantes como hay familias. Pero, llena de cólera y de dolor, yo sólo emprendo aquí un primer acercamiento al tema "juventud", y sé que ella misma, la juventud, recogerá este tema y dará su opinión sobre si misma. Tal vez se le preste oído por fin y se admita que los desfiles de antorchas y los adiestramientos gimnásticos de masas indican y abultan un vacío espiritual, pero no son apropiados para producir las ligaduras que sólo pueden germinar en activa corresponsabilidad por la sociedad

La necesidad de recuperación en muchos terrenos es enorme, pero me parece que en estas semanas aprendemos mucho más aprisa, y ciertamente no en último lugar de los jóvenes: de su seriedad, de su perseverancia, de su jovialidad, de su riqueza de ocurrencias, de su fantasía, de su disposición para arrimar el hombro. (Es de desear que se recojan muchos ejemplos de patrimonio popular literario que hoy día se muestran sin trabas en publicaciones, coros de voces, volantes) Estoy impresionada por la madurez política en las pláticas y discusiones que he vivido o de las que he oído hablar ¿Milagro? No lo creo. Se ha aprendido de muchas fuentes, y no en último término de las noticias sobre los procesos de reforma en nuestros países vecinos. También de buenos maestros, naturalmente, pero sobre todo, creo yo, unos de otros. Por doquier aparece un gran depósito, intocado hasta ahora, de experiencia y de voluntad de actuar. Si antes se decía —de nuevo hablo de mi encuentro con lectores— que en Mecklenburgo todo llega con cien años de retraso, eso tengo que rebatirlo: ¡ni hablar! En aquella velada, dirigiéndonos a aquella joven señora que mencioné al principio, hablamos también de una metáfora que Chéjov empleó una vez: tenía que exprimirse a gotas el esclavo que traía dentro. En estas semanas, me parece a mí, muchos de nosotros se exprimen por litros "el esclavo" que traen dentro. Pero sobre eso no debemos engañarnos. Las huellas del tutelaje en muchos hombres van a seguir actuando con mayor tenacidad que, por ejemplo, las distorsiones económicas. Hasta ahora ha sido ante todo el arte, a menudo atacado por ello, el que ha observado y descrito esos fenómenos. Qué hermoso será que ahora también los periodistas, los sociólogos, los historiadores, los psicólogos, los especialistas en ciencias sociales, los filósofos, cumplan públicamente con su deber.

Quédense con nosotros

Christa Wolf leyó en la televisión de la RDA un llamamiento de artistas y grupos de la oposición

Queridas conciudadanas, queridos conciudadanos:

Todos estamos profundamente preocupados. Vemos a los miles de personas que abandonan nuestro país cada día. Sabemos que una política desacertada ha agravado hasta estos últimos días su desconfianza hacia la renovación de esta república. Nos damos cuenta de la impotencia de las palabras frente a los movimientos de masas, pero no tenemos más recurso que nuestras palabras. Aquellos que todavía se están yendo nos aminoran la esperanza. Les suplicamos, ¡quédense en su patria, quédense con nosotros!

¿Qué podemos prometerles? No una vida fácil, pero sí útil. No una rápida prosperidad, pero sí la colaboración en grandes cambios. Queremos luchar por la democratización, por elecciones libres, por la seguridad jurídica y por la libertad de movimiento. Es algo inmenso: anquilosamientos de decenios se han roto en semanas. Nos hallamos apenas en el inicio de la mudanza fundamental en nuestro país.

Ayúdenos a configurar una sociedad verdaderamente democrática que preserve además la visión de un socialismo democrático. No será ningún sueño si ustedes impiden con nosotros que se vuelva a sofocar en su origen. Les necesitamos. Adquieran confianza en sí mismos y en nosotros, que queremos quedarnos aquí.

Firmaron la declaración por el "Nuevo Foro" Barbel Bohley, por la "Rehabilitación Democrática"; Erhard Neubert, por el "Partido Socialdemócrata"; Uta Forstbauer, por "Democracia Ahora"; Hans Jürgen Fischbeck, por la iniciativa "Paz y Derechos Humanos"; Gerhard Poppe, así como, además de Christa Wolf, también Volker Braun, Ruth Berghaus, Christoph Hein, Stefan Heym, Kurt Masur y Ulrich Plenzdorf.

(29 de noviembre de 1989)

Gunter Kunert

En tiempos de crisis, se habla de sueños en Alemania, probablemente más que en cualquier otro país del mundo. El romanticismo es un producto quintaesencialmente alemán, una pieza de museo que ha adquirido una nueva relevancia con la caída del Muro de Berlín; los escritores del Este y el Oeste que caen repentinamente unos en brazos de otros parecen tan románticos como sus contrapartidas de los siglos XVII y XIX. En ningún momento ha sido más claro que el 29 de noviembre de 1989, cuando varios autores e intelectuales de Berlín

Este —entre ellos Stefan Heym, Volker Braun, Christa Wolf— publicaron un llamado incitando a la gente a sostener los "valores morales" del socialismo en la República Democrática Alemana y a crear un socialismo "nuevo", "verdadero", "genuino".

Vemos hoy las multitudes de Leipzig y de Berlín Este. Gritan su cólera contra un sistema que les ha hecho trampa toda su vida con la estructura feudal de sus jerarquías. Vemos gente cuyo deseo más ferviente es el de una existencia sin miedo ni privaciones: una existencia normal. Y les contestan unos escritores e intelectuales que, no habiendo conocido nunca esas privaciones, invocan a un socialismo purificado y revitalizado.

¿Qué está pasando en las cabezas de los autores de esa declaración? ¿Quiénes son? Parecen haber asumido el papel del Praeceptor Germaniae, el antiguo gran maestro alemán, que sermonea a los niños sobre lo que deben y no deben hacer, y el papel del sermoneador, el "maestro", el "educador del pueblo", es, desde luego, la pose favorita del poeta y el escritor alemanes. ¿Qué es ese "socialismo democrático" y cómo se supone que debe inspirar a la gente a la que han llevado por la nariz durante cuarenta años? Poco tiene que ver con ellos. ¿No es más que el incomprobado producto cerebral de una mentalidad cultivada y dominante? Los autores de la declaración del 29 de noviembre de 1989 se sitúan arriba, una vez más, para dictar cómo debe ser la vida y cómo debemos comportarnos dentro de su hipotética construcción, revelando, así, su desprecio por la gente ordinaria. La gente común y corriente de las calles de Alemania del Este no tiene el menor interés en revitalizar un socialismo de ninguna clase. No están pidiendo un nuevo sistema; están pidiendo, comprensiblemente, una vida mejor. Y dado que nadie les ha dado todavía una respuesta concreta, piden ahora la reunificación de Alemania como su última esperanza de levantarse del caos de un Estado que no ha hecho nada más que explotarlos. Los intelectuales naturalmente protestan que la reunificación significará "vender" Alemania del Este, reduciéndola a una colonia de la República Federal, pero su protesta le importa poco a la gente de la calle. Lo que cuenta para ellos es una vida mejor, cualquiera que sea la bandera y cualquiera que sea el gobierno; nadie quiere esperar más. Durante cuarenta años los han alimentado con promesas vacías: ¿por qué debería la promesa de un "socialismo democrático" satisfacerlos repentinamente?

El socialismo está acabado como alternativa a otros sistemas de sociedad, y está desapareciendo de la historia. No está claro todavía qué ocupará su lugar. Esta incertidumbre resulta profundamente inquietante para los intelectuales estealemanes, que siempre han buscado rodearse de certidumbres y absolutos, por ficticios que fueran. El intelectual alemán, podríamos decir como variación de uno de los cuentos de Keuner de Brecht, necesita un Dios. No puede existir sin "ismos". De modo que cierra los ojos ante los hechos y se agarra a una fata morgana hecha de un papel incontaminado por la mugre y

la sanare de la realidad.

Boris Kagarlitsky

Espero que el título casi wildeano de mi conferencia^{*1} no dé pie a confusiones. Mi intención es totalmente seria. Si ha luhar para la ironía en las conversaciones de hoy, es como una de aquellas “ironías de la historia” de las que Isaac Deutscher escribió tan proféticamente. He reflexionado durante mucho tiempo sobre qué decir en esta conferencia. Generalmente, cuando el ganador de un premio acude a recibirlo, procura leer un discurso muy sabio y profundo para probarse a sí mismo y al público que no le han dado ese premio por nada. Probablemente habría hecho exactamente lo mismo si la situación política en mi país hubiese sido un poco diferente y los tanques no se hubieren convertido en espectáculo común en las calles de muchas de nuestras ciudades. Pero, ay, precisamente así se está presentando la situación. Hoy día todo el mundo espera a alguien que acaba que acaba de llegar de Occidente desde la Unión Soviética para hablar de los recientes acontecimientos políticos. Y en efecto, me propongo hablar, no de historia, sino de lo que está ocurriendo ahora en nuestro país.

La época no incita a la investigación académica seria. Pero, ¿se sigue de ello que, en estos días tormentosos, podemos prescindir enteramente de la teoría? Parecería que una gran parte de la inteligentsia del Congreso de Diputados del Pueblo, en la televisión y en las páginas de *Novedades de Moscú*, así lo considera. Y, en cualquier caso, esa sección de nuestra sociedad está profundamente convencida de que puede arreglárselas perfectamente sin el marxismo en cualesquiera circunstancias. Muy posiblemente tiene razón: pueden arreglárselas sin él. Pero ¿puede la sociedad prescindir también de él?

En el plano ideológico, los dos primeros años de perestroika fueron la venganza de la generación de los sesenta. Representantes de esta generación se encontraron inesperadamente en la vanguardia; muchos de ellos descubrieron que tenían verdadero poder. El comunismo liberal, que había inspirado a los intelectuales en la era de Jruschov y había sufrido una devastadora derrota, tras la intervención de las fuerzas soviéticas en Checoslovaquia, parecía ganar un segundo aire. La gente creía de nuevo en la posibilidad de hacer reformas graduales desde arriba, y que una reforma liberal hacia la economía de mercado, considerada como una segunda edición de la Nueva Política Económica de Lenin y puesta en práctica bajo la guía de los líderes del Partido conscientes de su responsabilidad histórica, nos llevaría firme y suavemente hacia la democracia. Y la

^{1*} *Isaac Deutscher Memorial Lectura* de 1989, dictada por Borías Kagarlitsky el 18 de septiembre, en la London School of economics, con el título “la importancia de ser marxista”,

inteligentsia progresista ayudaría en ese proceso con sus consejos y críticas constructivas.

Desafortunadamente, tales ilusiones no estaban destinadas a persistir mucho tiempo. Pronto quedó claro que tras la lucha general por el "cambio" latían intereses contradictorios; que la reforma del mercado que llevaban a cabo las autoridades era realmente beneficiosa para la sección más moderna del aparato —la tecnocracia—, para una alianza de unas pocas corporaciones internacionales con la tradicional nomenklatura burocrática a través del sistema de "empresas mixtas". Por supuesto, había algunos cambios reales y positivos. El mero hecho de que el pueblo soviético tenga ahora acceso a escritos que eran considerados peligrosos y subversivos sólo tres o cuatro años atrás no debe ser subestimado. Esto no sólo es importante para los intelectuales. Y, a pesar de la abundante manipulación burocrática, no cabe duda de que la celebración de las elecciones a principios de este año y las subsecuentes sesiones del Congreso y del Soviet Supremo han estimulado la vida política y han permitido que se hicieran oír voces opositoras. Pero si se habla de nuestra vida cotidiana, de nuestra lucha diaria por la supervivencia, se verá que la perestroika no ha sido benéfica para las masas.

Los liberales estilo años sesenta se encontraron en una posición defensiva. Estaban siendo sustituidos por abogados más consistentes de la ideología neoliberal: admiradores de la señora Thatcher y de Ronald Reagan. Nos gusten o no estas opiniones, sí eran, en cualquier caso, más lógicas que las de los comunistas liberales. De hecho, si uno está a favor de la irrestricta libertad del mercado, del "pluralismo de la propiedad", en la práctica esto significa crear un sector privado y vender acciones de las empresas estatales; si uno considera que la única esperanza para el país está en los empresarios dinámicos y no en la clase trabajadora, si uno sostiene la necesidad de comercializar la educación y la atención a la salud, en pocas palabras, si uno hace o defiende exactamente lo mismo que han hecho y defendido los derechistas en Occidente, de qué sirve hablar de socialismo o de un retorno al "verdadero Lenin" o a la experiencia de los años veinte: Los neoliberales coherentes consideran que todos esos atributos ideológicos no son más que tributos a la tradición y a las circunstancias políticas, una pantalla temporal que ya no será necesaria en condiciones de glasnost. Los liberales estilo años sesenta pensaban de otra manera. Creían realmente en la posibilidad de combinar la ideología liberal y la ideología comunista. Hoy día, a muchos de ellos les parece que los defensores de las reformas están yendo demasiado lejos. Pero la hegemonía ideológica ya no está en sus manos. Y —peor aún— no pueden proponer ninguna estrategia alternativa: El liberalismo años ochenta aparece ante la sociedad como el legítimo heredero del liberalismo años sesenta.

El grupo gobernante se inclina cada vez más hacia una vía tecnocrática y se orienta hacia los valores de la sociedad occidental entendidos en un sentido muy estrecho y primitivo. El Occidente a que aspiran la élite liberal y la burocracia no es una civilización con tres mil años de edad, sino la tecnología y el consumo. El deseo de formar parte de ese paraíso terrenal dicta una política destinada a copiar los métodos occidentales sin importar hasta qué punto tales métodos son adecuados para nuestros niveles social, cultural y económico. Hoy día, en poco se distingue la élite soviética gobernante de las élites prooccidentales, tecnocráticas y modernizadoras de una mayoría de los países en desarrollo. Desde luego, nadie pretende repudiar la fraseología socialista formalmente, pero cada vez hay menos necesidad de ella. Al principio, cuando se estaban definiendo los contornos ideológicos de la perestroika, Gorbáchov y otras figuras oficiales anunciaban gustosos consignas como "Más Democracia es Más Socialismo" y se referían a los beneficios de la autogestión o de la participación de los trabajadores en la toma de decisiones.

Ahora todo eso forma parte del pasado. Las líneas maestras de las nuevas prioridades ideológicas se están aclarando poco a poco. En las páginas de la prensa oficial (*Literaturnaya Gazeta*) es de nuevo posible leer críticas sobre el filósofo ruso Berdiaev, y de algo que no comprendió o pasó por alto. Esta vez se le acusa de no darse cuenta de "la verdad del capitalismo" y de ser completamente incapaz de superar las influencias marxistas en su trabajo creativo. Ogonek y otras publicaciones nos hablan de los crímenes de los bolcheviques, que mataron al último zar ruso. Y las críticas a Trotsky y al trotskismo están alcanzando una escala sin precedentes desde tiempos de Stalin. Esto no es en modo alguno una manifestación de pluralismo o una prueba de la debilidad de la censura. Los censores operan e intervienen cuando se encuentran algo genuinamente peligroso para el sistema —en su nueva encarnación—; los periodistas se quejan incluso de que, a fines de 1989, la censura se está volviendo todavía "más estricta. Hace veinte años Isaac Deutscher hablaba de la conciencia excomunista. Al rechazar el estalinismo, esos excomunistas no sólo defienden los valores de la burguesía sino que los defienden con una tradicional violencia estalinista. La conciencia excomunista se ha convertido en una especie de identidad colectiva de algunos de quienes controlan los sectores más influyentes de los medios oficiales en la URSS.

En 1989, la obra del conocido filósofo Aleksandr Tsipko sobre las "fuentes del estalinismo" se publicó en, varios números consecutivos de la popular revista *Ciencia y vida* (*Nauka i Zhizn*). Como era de esperar, el autor encuentra las fuentes del estalinismo en el marxismo y en la tradición socialista, que conducen en línea recta al Gulag. Esto no es nada nuevo para el lector occidental; Tsipko repite básicamente los argumentos de

Hayek, Solyenitsin, los "nuevos filósofos" franceses y muchos otros autores que escribieron mucho antes que él (la única diferencia es que, en cuanto a talento literario, Tsipko es patentemente inferior a sus predecesores). El artículo provocó una reacción irritada de los liberales estilo años sesenta. Otto Latáís publicó una respuesta protestando en una de las publicaciones más populares de Moscú: *Znamya*. Se refirió a numerosas incongruencias del artículo de su oponente, a imprecisiones en los datos y a una anecdótica "errata" Corregida por Tsipko en el curso de la publicación: "donde dice 'Termidor' debe decir 'Brumario'". Todo esto parecía muy convincente, pero el artículo de Latsis no produjo ni podía producir el mismo eco que el de Tsipko. No era cuestión del nivel de discusión de un autor o del otro. Mayor importancia en este caso tuvo el lugar en que Tsipko trabajaba: *el departamento ideológico del Comité Central del Partido Comunista*. Esta afiliación sin duda explica por qué Tsipko se las arregla para acusar de estalinismo a la "Vieja Guardia" bolchevique y a toda la tradición marxista, pero omite cuidadosamente criticar a Lenin.

Esta nueva ideología liberal, que hacen circular millones de periódicos y revistas, programas (de televisión y de radio, no puede, sin embargo, en modo alguno, convertirse en ideología de las masas. Las encuestas sociológicas prueban el hecho de que la mayoría de la población cree tanto como antes, en la idea de la justicia social y exige mayor igualdad. Las medidas prácticas para introducir el mercado han hallado resistencia incluso allí donde todos afirman que tales reformas son necesarias. La gran huelga de los mineros en julio y agosto mostró una creciente conciencia de los intereses de los trabajadores entendidos en términos que serían un enorme obstáculo para la introducción del mercado tal como la plantean los expertos liberales. Todo esto concita muy tristes pensamientos sobre los ideólogos liberales. Al percibir una amenaza los neoliberales someten sus propias posiciones ideológicas a una revisión radical. Poco después de la aparición de los artículos de Tsipko, Igor Klyamkin y Andranik Migranyan se lanzaron a la prensa para rechazar, ya no el marxismo, sino la democracia... en pro de la introducción de la economía de mercado. Consideran que, en la práctica, la única forma de implantar una reforma económica liberal es crear un régimen autoritario fuerte capaz de suprimir eficazmente la resistencia de las masas.

Esto no es nada nuevo para Rusia. La transición (de los occidentalistas liberales a posiciones antidemocráticas es absolutamente tradicional y habitual. Después de la revolución (de 1905, toda una serie de destacados pensadores con inclinaciones liberalizquierdistas —Bulgákov, Berdiaev, Struve y otros— escribieron el volumen colectivo *Vekhi (Hitos)*: sobre la necesidad de una reconciliación con el zarismo y la preservación de un régimen autoritario estricto que pudiera proteger a la élite educada de la cólera de las

masas. La verdad de la experiencia histórica ha demostrado que tal protección no era de fiar. La revolución tuvo lugar de todas maneras, y resultó todavía más sangrienta de lo que nadie habría podido predecir en 1905. Los dirigentes de los liberales rusos —los cadetes— en el tiempo de Veklü se distanciaron de sus autores pero, después de la Revolución, se encontraron del mismo lado de las barricadas.

IA CONTRADICCIÓN DEL "OCCIDENTALISMO"

La historia se repite: una vez en forma de tragedia, la segunda vez en forma de farsa. Hoy día estamos en plena farsa. El público liberal está indignado con la traición de Klyamkin y Migranyan. Pero, ay, Migranyan ' Klyamkin están muy lejos del nivel de Bulgákov y Struve, para no mencionar a un pensador tan destacado como Berdiaev. Y sus críticos están muy lejos de los líderes del Partido Cadete de 1905, que reunió a los más brillantes representantes de la inteligentsia burguesa rusa de su tiempo.

En cualquier caso, la ideología occidentalista entonces y ahora se encuentra en una contradicción irresoluble. A falta de estructuras y clases sociales de tipo "occidental", la única fuerza capaz de asegurar un cambio de la sociedad a la manera occidental, es decir, esencialmente, de ejercer alguna fuerza sobre el proceso natural de la evolución social, es el régimen autoritario y despótico, que nada tiene en común con las tradiciones occidentales. ¿Hasta qué punto está dispuesto el régimen a asumir ese papel? Por sí mismo, el hecho de que la burocracia oficial, que había legitimado su dominio con la promesa de llevar al país a la prosperidad por un camino no capitalista, esté recurriendo a métodos capitalistas, es una prueba de la total bancarrota histórica e ideológica del sistema, de la clara muerte del estalinismo tradicional. Pero una transformación de este régimen en un régimen capitalista es altamente improbable.

Nos encontramos con la contradicción lógica de un régimen post-termidoriano. El Termidor de Stalin, como el Termidor francés, fue esencialmente una *contrarrevolución que surgió de la propia revolución y fue, en grado significativo, una continuación y un cumplimiento de la revolución*. Los esfuerzos por distinguir al bolchevismo del estalinismo y los esfuerzos por reducir al bolchevismo a mero precursor del estalinismo son por lo tanto igualmente inconvincentes.

Por su parte, el régimen, que ha hecho una excelente utilización de la herencia revolucionaria para su propia justificación ideológica, ahora quisiera deshacerse de esa herencia, pero no puede. La promesa de una vía "no capitalista" sigue siendo esencial para la estabilidad política del sistema, aunque se contradiga esa consigna en la práctica. Por otra parte, lo que estamos presenciando no es la formación de una burguesía y unas

relaciones capitalistas en el sentido occidental de los términos, sino la aparición de un horrendo monstruo, una especie de *convergencia negativa* que combina los peores rasgos de ambos sistemas: el occidental y el oriental. Lo llamamos *estalinismo de mercado*. Qué tan viable resultará ser ese monstruo es una buena pregunta. Muy probablemente, no durará mucho.

El pensamiento que está en el corazón de esta estrategia de desarrollo es, totalmente tradicional. Se adscribe a una minoría el derecho de ejercer la fuerza sobre la mayoría en nombre de esa mayoría; la riqueza, el desarrollo de la economía y la construcción de empresas modernas se ven como el único criterio de progreso. Si los bolcheviques veían la economía como una sola gran fábrica, entonces, de acuerdo con los nuevos liberales, la sociedad y la economía deben manejarse como *un solo supermercado gigantesco*. Unas ilusiones simétricas y una visión sobresimplificada de la realidad vinculan al actual estalinismo de mercado con el primer estalinismo de los años veinte, que se formó dentro del Partido Bolchevique. En el corazón de uno y otro se encuentran concepciones distorsionadas del radicalismo y del progreso: en ambos, la adopción de semejante lógica, aunque sólo sea por una parte de la *inteligentsia*, es prueba de su profunda crisis. Los elogios al autoritarismo y al industrialismo en la poesía de Mayakovsky encolerizan a sus críticos, que ven en ellos la degeneración de su talento. Pero muchas de las declaraciones de los actuales comentaristas, que glorifican el derecho del más fuerte, se dejan seducir por el arte del comercio y predicán el consumismo como la más alta virtud, no suenan menos monstruosos. Sin embargo, la farsa es farsa: todavía no hay entre ellos ningún nuevo Mayakovsky.

La crisis de la *inteligentsia* está en curso. El rechazo de los ideales democráticos y las ideas sobre el "bien común", que eran cruciales para la antigua *inteligentsia* independientemente de su pertenencia partidaria y que todavía existían en los años sesenta, implica en la práctica un rechazo de la *inteligentsia* y de su lugar especial en la sociedad como depositario colectivo de los valores morales y políticos, y una sustitución del *inteligent* ruso por el *intelectual* occidental, sólo que sin la educación y la competencia occidentales. Habiendo dejado de ser una "inteligentsia" en el sentido ruso de la palabra y no habiéndonos convertido en genuinos intelectuales al estilo occidental, estamos en riesgo de extinción, ya que no nos hemos sustituido con *nada*.

LA FORMACIÓN DE UNA ALTERNATIVA DE IZQUIERDA

Afortunadamente la situación no es desesperada. Las quejas de los liberales y los funcionarios ante el impetuoso ascenso del "radicalismo de izquierda" no carecen

enteramente de fundamentos. La nueva generación de la inteligentsia, como sus predecesores treinta o cien años atrás, no encuentra lugar para sí misma en el sistema que se está formando. La revuelta de la nueva generación, actualmente, se expresa mejor a través del rock que de la literatura (aunque, paradójicamente, la calidad literaria de las letras de las canciones haya empezado a mejorar rápidamente de pronto). Evidentemente, aún no nos son familiares los nuevos nombres literarios, pero ya contamos con nuevas consignas políticas. Precisamente la nueva inteligentsia constituye la columna vertebral del movimiento socialista que está ganando fuerza velozmente. Rara vez encontramos críticas a los mitos liberales en las páginas de la prensa censurada, pero esas críticas se han convertido en contenido del nuevo samizdat. Se está formando una alternativa de izquierda.

La batalla decisiva para la que nos estamos preparando es la de las elecciones municipales y republicanas que deben celebrarse en los próximos seis meses. No está excluido que el aparato pierda el control en muchas ciudades grandes de Rusia y de muchas repúblicas ante los movimientos de Frente Popular. Creemos que el Frente Popular tendrá que presentar entonces sus propias soluciones a los problemas de la vida cotidiana, municipalizando y democratizando la estructura económica y la administración social.

Hay demanda de ideas socialistas en la sociedad. Precisamente por eso estas ideas provocan tanto miedo en los poderes existentes. Publicar a Trotsky da más miedo que publicar a Solyenitsin; el *Archipiélago Gulag* ya goza de una circulación de muchos miles, pero los principales escritos de Trotsky todavía deben circular clandestinamente. Pero debemos estar muy conscientes de que la demanda de justicia social por parte de las masas no puede sustituir una alternativa real, a la vez cultural, económica y política.

La justicia social no es todavía, en el sentido estricto del término, ni una consigna socialista ni una consigna marxista. El materialismo de Karl Marx no supuso en absoluto una simple dependencia de la humanidad respecto de la economía —esto era conocido mucho antes de él—, sino más bien una conexión profunda entre la estructura de la sociedad y el modo de producción que se formaba dentro de ella: La tarea de los socialistas es precisamente cambiar las relaciones entre las personas en el proceso de producción y no redistribuir la propiedad mecánicamente entre ricos y pobres. Esta posición de principio ha sido olvidada con frecuencia tanto por los socialdemócratas con su socialismo redistributivo como por los radicales de todo tipo, inspirados por la hermosa utopía de la igualdad universal.

Debemos encontrar respuesta a muchas preguntas. Entre las primeras está la de cómo combinar la eficacia económica con la realización de las esperanzas de las masas en el sentido de una mayor justicia social. El único camino que podemos ver consiste en incluir

relaciones de mercado en una estructura general de planificación democrática y autogestión, utilizándolas para servir a los intereses de la sociedad. El mercado puede servir como garante y defensor de los intereses individuales, pero nunca podría servir automáticamente a los intereses comunes. Precisamente por esa razón no puede y no debe ocupar un lugar central en el sistema de valores de una sociedad que lucha por ser democrática y humana. Cada individuo, independientemente de sus talentos, ganancias y suerte, debe tener derecho a una vida digna. Una sociedad que convierta este principio en su práctica cotidiana será una sociedad socialista. Las personas que han convertido este principio en algo central en sus vidas deben inevitablemente volverse socialistas.

Hoy, más que nunca, necesitamos un sistema de valores radical. Pero esto es insuficiente. Debemos entender la dialéctica del desarrollo, abandonar los dogmas del pasado, superar la visión simplificada del progreso como acumulación de valores materiales. Hoy día, nuestro país y el mundo necesitan gente capaz de pensar dialécticamente; gente gobernada por los intereses de las masas y que tienen confianza en las masas; gente que pueda combinar el conocimiento teórico con el activismo. Tal vez alguien pueda ver otro camino, aunque, personalmente, no me puedo imaginar que tal visión del mundo pueda desarrollarse fuera de la tradición marxista.

El marxismo, que incluye la herencia de los "autores clásicos" y revisionistas de todos los tipos, las investigaciones neofreudianas de Marcuse y Fromm, el existencialismo materialista de Sartre, el refinado análisis de los Cuadernos de la cárcel de Gramsci y el contradictorio pero siempre estimulante pensamiento revolucionario de las obras de Trotsky, no debe, con toda esa riqueza, ser considerado, en modo alguno, como un agregado de textos definitivos y apócrifos. Necesitamos los textos sólo para una cosa: para asimilar las lecciones de método crítico que se encuentran en ellos, para formar nuestra propia cultura de pensamiento y darnos impulso para un nuevo análisis teórico que nos permita responder a las preguntas que se nos presentan hoy día.

UN CAMINO HACIA EL MUNDO

El marxismo es el camino hacia la civilización europea, el camino hacia una tradición occidental, vista no como los estantes de un supermercado sino como la riqueza real de experiencia política, cultural y social en toda su contradictoriedad. Sin dejar de ser nosotros mismos, debemos superar el provincianismo. Debemos abrirnos un camino hacia el mundo, que no es sólo Occidente. Finalmente, debemos lograr la transición, histórica y, para la cultura rusa, muy difícil, del "europeísmo" y el "occidentalismo" al universalismo. Y el internacionalismo marxista nos puede ayudar en eso.

La consigna sobre "la casa común europea", popularizada por el régimen de Gorbáchov, no sirve ahora más que como una justificación para dar la espalda definitivamente a la mayoría de la humanidad, que vive, como es bien sabido, fuera de las fronteras de Europa. La tarea no consiste sólo en luchar por una Europa de los trabajadores que debe remplazar a la Europa de las corporaciones trasnacionales y de los burócratas, sino en convertir a esa Europa en parte de un mundo más justo y humano.

La moda actual de los valores humanos universales no ayuda gran cosa. Para realizar los derechos humanos en la práctica uno debe cambiar las estructuras políticas y sociales y, en consecuencia, unirse a la lucha de los oprimidos contra los opresores, explotados contra explotadores. Este es el principio clave de la ética marxista, sin el cual las consignas sobre el bien común quedan suspendidas en el aire o se convierten en justificación para la muy mercenaria política de los estratos sociales dominantes en Rusia o en muchos países del Tercer Mundo que sueñan con integrarse a la clase dominante mundial y en recibir así su parte del pastel mundial.

Es tiempo ahora de rechazar la hipnosis de las palabras liberales y tomar una opción. O bien con las elites dominantes contra el pueblo o con la mayoría de la humanidad contra todo lo que les impide vivir como seres humanos. Esta cuestión se nos presenta a todos nosotros en diversas partes del mundo. Pero se plantea de manera especialmente aguda en Rusia. *Rusia volverá a formar parte de un único mundo; la cuestión es qué clase de mundo será. La respuesta a esta cuestión depende en grado significativo de nosotros.*

Andrei Sinyavsky

Muchos de nuestros amigos de la Unión Soviética vienen a visitarnos a París —escritores, artistas y periodistas soviéticos—, y a todos les pregunto: "¿Quién está gobernando al país? Y ¿qué va a pasar mañana?" Desde hace mucho tiempo recibo siempre la misma respuesta: "¡No sabemos!"

Imagínense: ése era mi país, donde durante décadas no sucedió nada, donde un día era exactamente igual al otro y se podía predecir el futuro para años y kilómetros por venir (dé vuelta a la derecha, y se une usted al Partido Comunista para llegar con el tiempo a ser uno de los jefes; dé vuelta a la izquierda, y le llaman disidente y lo meten a la cárcel). Repentinamente el país no sabe lo que sucederá la semana que viene. Nadie en el mundo lo sabe.

Nosotros, los rusos, estamos de nuevo a la vanguardia, somos otra vez el fenómeno más interesante de la tierra —yo diría que incluso como fenómeno *artístico*: como una novela cuyo final ninguno de nosotros conoce.

Poco se necesitó para que esto sucediera. Primero se dio a la gente una relativa libertad de expresión. Después, se abolió (o por lo menos se olvidó temporalmente) la idea del comunismo global, en nombre del cual tantos sacrificios inútiles se habían hecho. Y como resultado la tierra misma demostró su inmediata fecundidad.

Pero aquí también encontramos nuevos peligros que crecen dentro del imperio en su momento de transformación: los peligros de la xenofobia y el enfrentamiento étnico. En particular, a juzgar por la prensa, veo que toma fuerza una nueva forma de nazismo ruso. Veo sus semillas, por ejemplo, en una obra recientemente publicada en Moscú por Igor Shafarevich y titulada *Rusofobia*, en la que, desarrollando una de las ideas de Solzenitsin, el autor elabora el mito de los judíos como enemigo original y principal del pueblo ruso. Igor Shafarevich es un matemático de nivel mundial, miembro de la Academia de Ciencias Soviética, miembro honorario o profesor de varias academias y universidades europeas. Sin embargo la argumentación de su libro coincide con los teóricos del nazismo alemán, desde Hitler hasta Rosenberg (tal vez la coincidencia es inconsciente, pero hay pasajes que parecen alusiones literales). La tesis está abrigada con términos medidos, reflexivos, académicos. Se puede resumir así: un pequeño pueblo, es decir los judíos (los rusófobos del título), libra una batalla secular a muerte contra una gran nación (en este caso Rusia): "La literatura rusófoba muestra una vigorosa influencia de los sentimientos nacionalistas judíos", escribe. Entre los rusófobos cuenta a Galich y Visotsy, Korzhavin y Amahik, Grossman y Tarkovsky, Ilf y Petrov, Byalik y Babel. En el pasado, "el representante típico de esta tendencia [en este caso particular, una tendencia antialemana] fue Heine". Parecidos esfuerzos de dominación por parte de representantes de esa pequeña nación se encuentran, explica, en "la influencia de Freud como pensador, la fama del compositor Schienberg, el artista Picasso, el escritor Kafka o el poeta Brodsky". El objetivo de esa pequeña nación, escribe Shafarevich como conclusión, "es la destrucción última de los fundamentos religiosos y nacionales de nuestra vida, y al mismo tiempo, si se les da la oportunidad, la deliberada e implacable subversión de nuestro destino nacional, que tendrá por resultado una nueva y final catástrofe, después de la cual probablemente nada quedará de nuestro pueblo [es decir, el ruso]".

En modo alguno me opongo a la publicación de la *Rusofobia* de Shafarevich, especialmente en Rusia, después de tantos años de estar privado de la libertad de expresión. Pero me preocupa el silencio que ha rodeado la aparición de este libro, la ausencia de cualquier comentario serio al respecto. El peligro del juego que juega Shafarevich no está tanto en sus ideas, que son bastante triviales, sino en el terreno fértil en que caen.

Tanto las masas como los intelectuales han retomado las ideas antisemitas en la Unión

Soviética. Recientemente tuvieron lugar dos hechos en Moscú: una manifestación antisemita de la sociedad conocida como *Pamyat* ("Memoria"), que se celebró en la Plaza Roja (y por tanto contaba con el permiso oficial de las autoridades), y una sesión plenaria antisemita de la Unión de Escritores de la Federación Rusa. La manifestación de las masas terminó con una canción cuyos primeros versos rezan:

Levántate poderosa
nación, Levántate,
toma la espada,
Contra el dominio de
los *yids* Contra esa
horda maldita.

Entre los participantes que tomaron la palabra en la sesión plenaria de los intelectuales se contaron los distinguidos novelistas Valentin Rasputin y Vassily Bielov. Rasputin acompañó a Gorbáchov en su visita a China; Bielov fue con él a Finlandia. La reunión terminó con el director de la revista literaria Octubre despedido por publicar trabajos que fueron tildados de "antipatrióticos y rusófobos".

El nacionalismo no es por sí mismo una grave amenaza —puede, a veces, ser en realidad útil para una nación— hasta que empieza a producir, sin ninguna base sólida, ese venenoso subproducto: "el enemigo". Antes, la Unión Soviética contaba con el "enemigo de clase". La lucha contra el enemigo de clase se hizo más y más intensa precisamente mientras todas las clases eran liquidadas, hasta que en efecto no quedó ninguna clase. Y ahora los nacionalistas rusos, que se llaman a sí mismos "patriotas", han convocado la "rusofobia", una modificación de la idea leninista-estalinista del "asedio burgués" y la "penetración burguesa". El "rusófobo" es una variante de aquellas terribles invenciones estalinistas, el "enemigo del pueblo" y el "saboteador ideológico".

Todos ellos, por supuesto, son mitos.

Pero la definición de la "rusofobia" se ha expandido hasta alcanzar dimensiones amenazantes. Incorpora el Occidente "sin alma", envenenado hasta su centro por la pornografía y la drogadicción y deseoso solamente de destruir al pueblo ruso, que es la encarnación de la conciencia de la humanidad. Luego están los enemigos internos: los liberales y demócratas, los intelectuales, los que manejan el mercado negro, los disidentes y los judíos. Tanto el mito al viejo estilo de la amenaza burguesa como la nueva versión — la rusofobia— me parecen igualmente repelentes, no sólo por su vulgaridad sino por el peligrosísimo acento de odio que contienen. Después de todo, si los males y desgracias de

Rusia derivan de sus enemigos rusóforos occidentales y de sus enemigos rusóforos internos, y estos enemigos quieren destruir el alma, el cuerpo y la memoria de la nación, de la cultura rusa y de todo el pueblo ruso, ¿por qué no darles fin a todos estos "parásitos", "cosmopolitas" y "pluralistas" de un solo golpe?

Cuando el imperio multinacional se desintegra o se encuentra a punto de hacerse pedazos, los pueblos que lo constituyen desarrollan diversas formas de nacionalismo. Esto ha caracterizado el desmembramiento de muchos grandes imperios. Está surgiendo un poderoso y militante nacionalismo ruso para apuntalar y proteger al Imperio Soviético. Tal como lo veo desde aquí, la Unión Soviética es en este momento como un garage lleno de tanques de petróleo que dejan salir tanto vapor que el lugar está a punto de explotar. En esa atmósfera volátil, los nacionalistas rusos están jugando con cerillos, y uno de los cerillos más inflamatorios se llama "rusofobia".

¿Para qué juegan con esos cerillos? ¿Para producir un renacimiento religioso nacional? ¡Dios nos proteja de semejante cosa! Y que Jesús nos perdone por vincular una vez más Su nombre al deseo de suscitar masacres y pogromos.

John Simpson

Hacía un bochorno sin aire, y las calles alrededor de nuestro hotel estaban vacías. Nos dirigíamos a la plaza Tiananmen, un equipo de televisión europeo, grande y conspicuo: reportero, productor, cámara, sonido, intérprete, iluminador, todos con sus aparatos. Un ciclista pasó junto a nosotros, gritando y señalando algo. No pudimos saber qué quería decir. Luego encontramos una fila de soldados. A algunos les sangraba la cara: otro acunaba un brazo roto. Caminaban lentamente, cojeando. Había habido una batalla en alguna parte, pero no sabíamos dónde.

Cuando llegamos a la avenida Changan, la principal vía este-oeste, estaba llena de gente como en los días de las grandes manifestaciones: un río humano. Seguimos su curso hacia la Puerta de la Paz Celestial, bajo el amable retrato de forma de luna del presidente Mao. Había cientos de grupitos, cada uno concentrado en torno a alguien que arengaba o instruía a los demás, utilizando los dramáticos gestos públicos, ya familiares, de los chinos. Otros grupos se habían formado en torno a radios que sintonizaban estaciones extranjeras. La gente iba de un grupo a otro, empujándose, atropellándose alrededor de un orador, discutiendo, pasando información al grupo siguiente.

En su mayoría no eran estudiantes. Venían de las fábricas, y los trapos rojos que llevaban atados a la cabeza les daba un aire agresivo, como de piratas. Empezaron a llegar camiones de las afueras de la ciudad, llenos de más jóvenes obreros, que agitaban banderolas de sus

fábricas cantando himnos; buscando bronca.

La gente empezó a gritar: se estaba desarrollando una batalla entre lo: tanques y la multitud en alguna parte al oriente del centro de la ciudad. Diferían en los detalles y me costó trabajo enterarme de lo que decían: contemplaba sus rostros animados, todos empujando para acercarse a cada nueva fuente de información, jalándose de las mangas o los hombros. Tanques y transportes de personal militar, decían, se dirigían hacia la Plaza. Venían de dos direcciones, del este y del oeste. Las multitudes que se congregaban no podían detenerlos.

"Es otro ejército. ¡No es el Treinta y Ocho!" El hombre que dijo esto lo gritaba, aferrándose a nuestro intérprete, sacudiéndolo, tratando de hacerle entender su significado. "¡No es el Treinta y Ocho!" El 38° Ejército era el que había intentado recuperar la ciudad por dos veces. Sus soldados iban desarmados: el comandante, padre de un estudiante que se hallaba en la Plaza, había ordenado que las operaciones se llevaran a cabo de manera pacífica.

Nos abrimos paso a empujones hasta la Plaza donde, a pesar de los rumores y del pánico, vimos algo muy distinto: varios miles de personas escuchaban de pie, en silencio, inmóviles, a un gran altavoz colgado de un farol;

Váyase a su casa y salve su vida. No va a conseguir nada. No se está comportando como debe comportarse un chino. Esto no es Occidente, es China. Debe usted portarse como un buen chino. Váyase a su casa y salvé su vida. Váyase a su casa y salve su vida.

La voz era inexpresiva, asexuada, metálica, como la de un hipnotizador. Contemplé esos rostros silenciosos y serios, iluminados por la luz naranja del alumbrado público, que estudiaban atentamente el altavoz. Hasta los niños pequeños, que habían venido con el resto de la familia, miraban con fijeza. La orden se repitió una y otra vez. Era una voz que el pueblo de China había escuchado durante cuarenta años y se guía escuchando. Pero ahora nadie hizo lo que el hipnotizador decía. Nadie se movió.

Y entonces, de pronto, todo cambió: el hechizo del altavoz se vio roto por gritos de que venía el ejército. Se oyó el nudo de una violenta rasgadura y al otro lado de la avenida vi que la gente arrancaba las barandillas que corrían a lo largo de la acera y las atravesaba sobre el pavimento para levantar una barricada: Todos se movían rápido, una multitud súbitamente animada, sus acciones prontas y decisivas, a veces brutales. Bloquearon la avenida Changan y la Plaza misma, y empezamos a filmar bañando a los sudorosos entusiastas con nuestros reflectores. La gente bailaba a nuestro alrededor enarbolando sus

armas: cachiporras, cuchillos, toscas lanzas, ladrillos. Un muchacho corrió hasta nuestra cámara y se abrió el desaseado cortavientos verde, como un vendedor del mercado negro, para revelar una fila de botellas de coca-cola atadas a su pecho, llenas de petróleo y taponadas como harapos. Se rió, mimando la acción de arrancarse cada botella y lanzarla. Le pregunté su edad. Tenía dieciséis años. ¿Por qué estaba contra el gobierno? No podía responder. Aferró otro de sus cocteles Molotov, sin dejar de reír.

Que el ejército venía ya no era un rumor sino un hecho y nuestro intérprete oyó que entrarían a la una en punto. Era más de medianoche. A la distancia, sobre el estruendo de la multitud, creí escuchar disparos. Quería encontrar un lugar elevado desde donde pudiéramos filmar sin que nos viera el ejército. Pero la tensión que unía a los miembros de la muchedumbre no tuvo el mismo efecto sobre los miembros de nuestro pequeño equipo. Hacía calor y ruido. Discutimos. Empezamos a gritar y me adelanté por mi lado.

Avancé a empujones, y me sentí mejor de inmediato, yo solo. Quedaban muy pocos periodistas extranjeros en la Plaza para entonces y yo resultaba especialmente conspicuo. Pero a la vez me sentía bien. La gente me agarraba la mano, dándome las gracias por estar con ellos. Les hice la V de la victoria y todos los que me rodeaban aplaudieron. Era difícil definir el estado desánimo. Persistía un espíritu de celebración, por estar en las calles desafiando al gobierno, pero el ánimo también iba cediendo a un terrible presentimiento. Y había algo más. Algo que yo no había visto antes: una temeraria ferocidad de propósito.

Atravesé para volver a taparte principal de la plaza Tiananmen, el poblado de tiendas de campaña de los estudiantes. El suelo estaba cubierto de palos y cartones y vidrios rotos. Los olores eran fuertes y familiares: humo de leña, orina y desinfectante barato. Una pareja se abrazaba, la cabeza de ella sobre el hombro de él. Pasé frente a ellos, pero no levantaron la vista. Un estudiante me pidió que firmara su camiseta, una moda de días anteriores. Llevaba gruesos anteojos y tenía el cutis en mal estado, y hablaba inglés. "Esta noche será peligrosa", dijo. "Todos tenemos mucho miedo aquí."

Terminé de firmar la camiseta, en la espalda debajo del cuello. Me tomó la mano y la sacudió excitado. Su apretón era huesudo y pegajoso. Le pregunté qué pensaba que iba a ocurrir.

"Todos moriremos:"

Se irguió y de nuevo me estrechó la mano, y desapareció entre las tiendas. El campamento estaba oscuro. Quedaban unos pocos estudiantes; la mayoría se había congregado en el centro de la Plaza, en torno al Monumento a los Héroes del Pueblo. Podía oír sus discursos y los cánticos ocasionales: La Internacional, como siempre. Aquí, en cambio, todo estaba en silencio. Aquí era donde los estudiantes habían levantado su estatua de la Diosa de la Democracia, los ojos ciegos, la antorcha sostenida con ambas manos. El

símbolo de todas nuestras aspiraciones, la había llamado uno de los líderes estudiantiles: el fruto de nuestra lucha. A mi me parecía muy frágil.

Los discursos y las canciones continuaban en la distancia. Luego, repentinamente, cesaron. Se oyeron violentos rechinidos y crujidos; el ruido familiar de un transporte militar. Oí gritos y detrás de mí, en la avenida, todos echaron a correr. Cuando finalmente logré ver el vehículo, me di cuenta de que avanzaba velozmente por el costado de la Plaza. Parecía indeciso sobre qué dirección tomar; por momentos iba derecho hacia la Plaza, luego se detenía, giraba, se paraba de nuevo, como si buscara una vía de escape. Hubo un repentino rugido de cólera y sé que fue porque el vehículo había aplastado a alguien a su paso. Entonces se volvió en mi dirección —me apuntaba— y sentí un tipo diferente de pánico. La acción comenzaba y yo estaba separado de mis colegas: es un artículo de fe quedarse con' la cámara en momentos de peligro.

El vehículo siguió, zarandeándose hacia atrás y hacia adelante. Debe haber derribado a seis o siete personas. Ahora estaba ardiendo; los cocteles Molotov lo habían alcanzado repetidas veces. De algún modo, sin embargo, logró escapar y se perdió hacia el oeste.

Entonces apareció un segundo transporte militar por la avenida Changan, solo y sin apoyo, como el primero. Esta vez, todos se dieron vuelta y corrieron hacia el vehículo, sabiendo que, con su número y sus bombas de petróleo, podían vencerlo. Gritaban de furia y odio mientras el vehículo intentaba al azar diversas direcciones, amenazando con derribar a la gente en su avance a través de la Plaza. Los cocteles Molotov volaban sobre nuestras cabezas, girando en el aire, y explotaban sobre la delgada armadura que protegía a los hombres del vehículo. Este seguía, zigzagueando, cruzando la avenida, tratando de hallar un hueco en la barricada. Una pausa y cargó, de cabeza, derecho contra un bloque de concreto, y entonces se detuvo, el motor zumbando enloquecido. Un terrible grito de triunfo brotó de la multitud, primitivo y oscuro, la presa finalmente atrapada. El olor a petróleo y metal ardiendo y sudor flotaba por el aire, intoxicante y violento. Todos a mí alrededor empujaban y luchaban por llegar hasta el vehículo. Al principio resistí; luego, muy cerca de 41, vi la luz de una cámara, justo donde la multitud bullía. Sólo quedaban tres cámaras filmando en toda la Plaza, y yo sabía que mi colega era el único suficientemente loco para estar tan cerca. Ahora era yo el que empujaba, luchando por abrirme paso entre la multitud, jalando a la gente, empujándola fuera de mi camino, maldiciendo, un inglés grandote y brutal, más fuerte que cualquiera de ellos. Rasgué la camisa de un hombre y golpeé a otro en la espalda. Todo a mi alrededor, los hombres parecían gritarle al cielo, con los rostros encendidos; el vehículo ardía. Un hombre —el torso desnudo— trepó por un lado y se puso de pie sobre el vehículo, con los brazos alzados en señal de victoria; el estruendo de la multitud creció en torno a él. Sabían que

tenían a los soldados del vehículo atrapados adentro. Alguien empezó a golpear el cristal blindado con una barra de hierro.

Alcancé la cámara y lo jalé del brazo con fuerza para llamar su atención. Apenas notó nada, entre los empujones y el ruido y la violencia, y siguió filmando. Él y el encargado del audio y el iluminador chino estaban a pocos pasos del vehículo: suficientemente cerca para resultar muertos si éste explotaba o si los soldados salían disparando. Pero no conseguí hacerlos retroceder, de modo que nos quedamos ahí, los cuatro, al calor abofeteándonos el rostro mientras la gente seguía echando petróleo sobre el capó y el techo y derribaba a garrotazos las puertas y el cristal blindado. ¿Cómo debía ser la cosa allá dentro? Me imaginé a los soldados medio locos con el ruido y el calor y el miedo de quemarse vivos.

Los gritos a mí alrededor se hicieron aún más fuertes: la manija de la puerta trasera del vehículo había girado un poco y la puerta empezó a abrirse. Un soldado sacó el cañón de su fusil, pero se lo arrebataron de las manos, y luego todos lo agarraron de los brazos; jalando y retorciendo hasta que lo sacaron, y entonces desapareció: vi los brazos de la turba agitarse por encima de las cabezas de los que luchaban por encajar sus golpes. En cosa de segundos estaba muerto y se llevaron arrastrando su cuerpo, triunfalmente. Un segundo soldado sacó la cabeza por la puerta e inmediatamente lo jalaban por los cabellos y las orejas y la piel de la cara. A éste pude verle: sus ojos giraban y tenía la boca abierta y se cubría de sangre conforme la piel le era arrancada. Sólo quedaban sus ojos —blancos y claros—, pero entonces alguien intentó agarrarlos también, y otro empezó a golpearlo en el cráneo hasta que éste se partió y el suelo se cubrió de sangre y de sesos, y aún seguían golpeando y golpeando lo que quedaba.

Entonces la horrible visión se desvaneció y el suelo quedó mojado allí donde él había estado.

Adentro había un tercer soldado. Yo podía ver su rostro a la luz de las llamas y algunos de la multitud también lo veían. Lo sacaron a jalones, gritando, enloquecidos por no haber participado en la muerte de los otros soldados. Querían su sangre, estaba seguro, lo que querían era sentir la sangre corriendo por sus manos. Tenían la boca abierta y jadeaban, como perros, y sus ojos carecían de expresión. Gritaban, el iluminador chino me dijo después, que el soldado que iban a matar no era humano, no era más que una cosa, un objeto, que debía ser destruido. Y todo el tiempo el ruido y el calor y el hedor del petróleo ardiendo sobre el metal caliente nos golpeaban, saturaban nuestros sentidos, los embotaban.

En el momento en que alzaban al tercer soldado fuera del vehículo, casi desvanecido, un autobús articulado se precipitó hacia nosotros y se detuvo, con gran habilidad, de modo que su puerta trasera se abrió justo al lado del grupo que se había apoderado del soldado.

Los estudiantes habían oído lo que estaba ocurriendo y un grupo había venido a toda velocidad con el autobús para salvar a quien pudieran. La turba no quería entregar su trofeo. Los estudiantes trataron de arrastrar al soldado a bordo del autobús, y la multitud se aferró a él, jalando hacia atrás. Por alguna infortunada razón las puertas del autobús empezaron a cerrarse y dio la impresión de que el soldado no escaparía a la muerte.

Había visto morir gente ante mis ojos antes. Pero nunca había visto morir a tres personas, una tras otra, de esta manera. Una vez más, los miembros de la muchedumbre se cerraron en torno al soldado, con los brazos levantados sobre sus cabezas para golpearlo hasta matarlo. El autobús y el refugio que prometía estaban tan cerca. Me pareció que no podía seguir mirando, como un observador pasivo, contemplando cómo le arrancaban la piel a un hombre o le partían la cabeza, sin hacer nada. Vi la cara del soldado, que sólo expresaba horror y dolor al hundirse bajo los golpes de quienes lo rodeaban, y empecé a avanzar. La ferocidad de la multitud había entrado en mí, pero yo sentía que era la multitud la que era un animal, la que no era propiamente humana. El soldado había caído al suelo, y un hombre intentaba abrirle el cráneo con un ladrillo roto, golpeando con todas sus fuerzas. Le grité una serie de obscenidades —estúpidas obscenidades, ya que nadie excepto mis colegas podían entenderlas— y me lancé sobre él, agarrándolo por el brazo levantado, dispuesto para el siguiente golpe. Me miró con expresión vacía, y su delgado brazo se aflojó en mi mano. Dejé de gritar. El relajó los dedos que sostenían el ladrillo y lo tiré bajo el autobús. Me sentí empapado. Se había creado un pequeño espacio en torno al soldado, y el estudiante que había tratado de rescatarlo antes pudo llegar hasta él. El resto de la turba no se daba por vencida, pero los estudiantes lograron sacar al soldado y meterlo en el autobús por la otra puerta. Estaba a salvo.

El vehículo ardió largo rato, con el conductor y el hombre que iba junto a él ardiendo en su interior. Las llamas iluminaban la Plaza y se reflejaban sobre el rostro del Monumento donde los estudiantes se habían aposentado. La multitud de la avenida Changan estaba saciada. Los altavoces habían dejado de decirle a la gente que salvara su vida. Guardaban silencio.

Los estudiantes cantaban La Internacional. Sería la última vez, y sonaba débil y desmayada en la vastedad de la Plaza. Muchos lloraban. Sin duda algunos estudiantes participaron en los ataques al ejército, pero los de la Plaza se atuvieron a su principio de no violencia. Aunque el ejército sufrió las primeras bajas, los estudiantes serían los mártires esa noche.

Mis colegas y yo queríamos salvar nuestras tomas en caso de ser arrestados, y les dije que debíamos volver al Hotel Beijing y volver a salir más tarde. Ahora me siento culpable por esa decisión; fue un error: debíamos habernos quedado en la Plaza, aunque los demás equipos de filmación ya se habían ido y nos podía haber costado la vida. Alguien debería

haber estado allí cuando ocurrió la masacre, filmando lo que sucedía, mostrando el coraje de los estudiantes cuando los tanques los rodearon, y el ejército avanzó, disparando.

En lugar de eso, tomamos nuestro puesto en el piso catorce del Hotel Beijing. Desde allí, todo parecía gris y distante. Vimos casi todo lo que sucedió, pero estábamos apartados del miedo y el ruido y el hedor. Vimos a las tropas derramarse por la Puerta de la Paz Celestial, a bayoneta calada, disparando primero al aire y luego al frente. Parecían autómatas, con sus oscuros cascos redondos. Filmamos cómo cargaron y despejaron el extremo norte de la Plaza, donde había firmado la camiseta del estudiante. Filmamos a los tanques cuando pasaron sobre las tiendas donde algunos estudiantes se habían refugiado, entre ellos, tal vez, la pareja de jóvenes que yo había visto sentados en silencio, uno en brazos del otro. Al parecer docenas de personas murieron de esa manera, y quienes lo vieron contaron que se oían los gritos de la gente dentro de las tiendas por sobre el estruendo de los tanques. Filmamos el momento en que apagaron las luces de la Plaza, a las cuatro de la mañana. Volvieron a encenderlas cuarenta minutos más tarde, cuando las tropas y los tanques avanzaron hacia el Monumento mismo, disparando primero al aire y luego, de nuevo, directamente a los propios estudiantes, de manera que los disparos destrozaron los escalones del Monumento y los heroicos relieves que lo decoraban.

Una o dos veces nos dispararon a nosotros y durante la noche la policía de seguridad envió agentes a nuestra habitación para arrestarnos: pero les grité en inglés y se fueron, inseguros sobre el alcance de sus poderes. Debajo de nosotros, la gente todavía se congregaba en la avenida, gritando su desafío a las tropas amontonadas en el extremo opuesto. De vez en cuando el tronido de un rifle derribaba a otro manifestante, y el cuerpo era rescatado por el conductor de un *trishaw* o el equipo de una ambulancia. Debajo de nosotros, la mejor y más noble protesta política desde Checoslovaquia en 1968 estaba siendo aplastada ante nuestros ojos. Me arrodillé en el balcón, junto a la cámara y a una mujer china, lideresa estudiantil.

Ella se había refugiado en nuestra habitación porque éramos extranjeros. Le grité que volviera al interior del cuarto, pero se negó, volviendo la cara para que yo no viera que estaba llorando, con las manos aferradas al barandal con tal fuerza que debían dolerle, decidida a contemplar la violación de su país y del movimiento que ella y sus amigos habían construido en el curso de veintidós días. Yo había visto el río de protesta que bajaba por la avenida Changan en ese tiempo; había visto a un millón de personas en las calles, exigiendo un modo de vida mejor que el gobierno de la corrupción y la policía secreta. Recordé los versos del poeta dula dinastía T'ang, Li Po, según los cuales si uno corta el agua con la espada sólo consigue que corra más rápido. Pero habían puesto dique al río del cambio, y bajo nuestros pies, en la avenida por la que corriera, la gente estaba muriendo: A

mi lado, el camarógrafo vio algo y empezó a filmar. En la Plaza, a la luz temprana, los soldados desenrollaban algo y lo levantaban. Pronto una cortina enorme de tela negra cubrió la entrada de la Plaza Tiananmen. Lo que allí ocurría quedó oculto a nuestros ojos.

Hans Magnus Enzensberger

En todas las capitales de Europa se encuentra uno, allí donde el espacio alcanza su mayor densidad simbólica, o sea, en el centro, verdaderos centauros de enorme corpulencia, seres híbridos de metal fundido, bajo cuyos cascos acuden presurosamente funcionarios a sus ministerios, espectadores a la ópera y creyentes a misa: emperadores romanos, grandes electores, generales eternamente victoriosos. La quimera del hombre montado a caballo representa el héroe europeo, una figura imaginaria sin la cual la historia pasada del continente sería totalmente inimaginable. Sin embargo, a partir de la invención del automóvil, el espíritu de los tiempos se ha bajado del caballo. Lenin y Mussolini, Franco y Stalin supieron manejarse sin monturas ecuestres. En cambio, las islas del Caribe y las cooperativas de Siberia fueron sembradas de héroes petrificados. La inflación y la elefantiasis anunciaban el final de aquellos héroes, a los que jamás les preocupó otra cosa que la conquista, el triunfo y los delirios de grandeza.

Los escritores lo habían presentido. La literatura se había despedido definitivamente, hace más de un siglo, de aquellas figuras míticas que ella misma había contribuido a crear. La loa soberana y la leyenda Heroica pertenecen desde entonces a la prehistoria. La literatura no se ocupa ya desde hace mucho tiempo de Augusto o de Alejandro, sino de Bouvard y Pécuchet, Vladimir y Estragón. Del rey Federico y de Napoleón sólo se habla en los sótanos literarios; por supuesto, los himnos a Hitler y las odas a Stalin estaban destinados desde el principio al basurero.

Por el contrario, la llamada gran política se ha mantenido hasta el presente aferrada y entregada al clásico esquema heroico. Hoy, como ayer, exalta con condecoraciones la memoria de los héroes y sueña con triunfos inalcanzables. En este proceso de anquilosamiento, la política ha alcanzado el último grado, como se pone de manifiesto no sólo en su impotencia simbólica, sino también en la pequeñez del ámbito de sus acciones. La normalidad democrática está presa de la ambición y sed de gloria que sufren de forma visible los dirigentes; no se trata de conquistar un imperio, sino, en el mejor de los casos, una circunscripción electoral, y el genio del general se ve circunscrito a islas que, como Granada o las Malvinas, sólo con lupa pueden localizarse en el globo. Quien quiera regocijarse con el extraordinario encogimiento de la estructura heroica no necesita más que comparar a Churchill con Thatcher, a De Gaulle con Mitterrand o a Adenauer con Kohl. El

héroe ha estado investido siempre, como representante del Estado, de un carácter teatral; con su actual élite de poder, Europa occidental ha completado el camino que va desde el modelo terrorífico hasta el de la imitación ridícula. La comicidad involuntaria de ese clan dirigente que se cree errónea y tercamente instalado en no sé qué cumbres pone de manifiesto que del héroe clásico sólo ha quedado una vulgar caricatura.

El lugar del héroe clásico han pasado a ocuparlo en las últimas décadas otros protagonistas, en mi opinión más importantes, héroes de un nuevo estilo que no representan el triunfo, la conquista, la victoria, sino la renuncia, la demolición, el desmontaje. Tenemos todos los motivos para ocuparnos de estos especialistas de la negociación, pues nuestro continente necesita de ellos si quiere seguir viviendo.

Fue Clausewitz, el clásico del pensamiento estratégico, el que demostró que la retirada es la operación más difícil de todas. Esto vale también en política. El *non plus ultra* del arte de lo posible consiste en abandonar una posición insostenible. Pero si la grandeza de un héroe se mide por la dificultad de la misión con que se enfrenta, se deduce que el esquema heroico no sólo tiene que ser revisado, sino puesto de cabeza. Cualquier cretino es capaz de arrojar una bomba. Mil veces más difícil es desactivarla.

En cualquier caso, para hacer un héroe no bastan la simple habilidad y la competencia. Lo que hace memorable al protagonista es la dimensión moral de su acción. Pero precisamente en este aspecto encuentran los héroes de la retirada una reserva tan masiva como tenaz. La opinión general se mantiene aferrada, sobre todo en Alemania, al esquema tradicional: Reclama, hoy como ayer, al personaje imperturbable y exige una moral política de principios firmes y válidos para todo, y esto significa también, si es necesario, pasar por encima del respeto a la vida. Pero precisamente esta claridad inequívoca es lo que no puede ofrecer en ningún caso el héroe de la retirada. Quien abandona las propias posiciones no sólo entrega un terreno objetivo, sino también una parte de sí mismo. Semejante paso no puede tener lugar sin una separación de la persona y su papel. El *ethos* del héroe se halla precisamente en su ambivalencia. El especialista en desmontaje demuestra su valor moral asumiendo esa ambigüedad.

El paradigma aquí diseñado ha encontrado su realización histórica al amparo de las dictaduras absolutas del siglo XX. Los pioneros de la retirada la dejaron entrever primero de forma velada y oscura. De Nikita Jruschov se podría afirmar que no sabía lo que hacía, que no tenía en absoluto idea clara de las implicaciones de su actuación: a fin de cuentas, hablaba de completar el comunismo en lugar de suprimirlo. Sin embargo, él plantó, con su famoso discurso en el XX Congreso del PCUS, no sólo el germen de su propia caída. Su horizonte intelectual puede haber sido limitado; su estrategia, torpe; su actitud, autocrática; sin embargo, en coraje civil sobrepasó prácticamente a todos los políticos de su generación.

Precisamente su carácter vacilante lo calificó de forma especial para esa tarea. Hoy es más clara que nunca la lógica subversiva de su carrera heroica: con él comenzó el desmontaje del imperio soviético.

Todavía aparece de forma más clara la división interna del especialista en demoliciones en la figura de Janos Kadar. Este hombre, que fue enterrado en Budapest sin pena ni gloria hace un par de meses, pactó con las tropas de ocupación tras el levantamiento fracasado de 1956. Ochocientas sentencias de muerte, se dice, tiene en su haber. Apenas fueron enterradas las víctimas de la represión, Kadar puso manos a la obra de su vida, que le ocuparía durante casi treinta años: minar con paciencia y perseverancia la dictadura absoluta del Partido Comunista. Es digno de atención el hecho de que este proceso discurriera sin grandes turbulencias; hubo retrocesos constantes y esperanzas destruidas, pero a través del compromiso y las maniobras tácticas el proceso de Kadar avanzó inexorablemente. Sin el precedente húngaro, difícilmente habría comenzado el desmoronamiento del bloque oriental; es indiscutible que Kadar marcó un nuevo rumbo. Es asimismo evidente que el jefe húngaro no estaba en condiciones de hacer frente a las fuerzas que él contribuyó a desatar. El sino típico del empresario histórico de demoliciones está precisamente en que con su trabajo mina siempre también su propia posición. La dinámica que Kadar puso en marcha lo desechó; fue víctima de su éxito.

Adolfo Suárez, secretario general de la Falange Española, se convirtió, tras la muerte de Franco, en primer ministro. En un golpe de mano exactamente planeado, desmanteló el régimen, instaló en el poder a su propio partido y sacó adelante una Constitución democrática: una operación tan difícil como arriesgada, que Suárez llevó a cabo con arrojo personal y brillantez política. Aquí no estaba en acción, como en el caso de Jruschov, un presentimiento vago, sino una conciencia extremadamente clara. Se trataba no sólo de transformar por completo el aparato político, sino también de disponer al Ejército a no moverse; un golpe militar habría conducido a una represión sangrienta y probablemente a una nueva guerra civil.

Ese tipo de proceder no es concebible de parte de alguien que sólo distingue entre ovejas blancas y negras. Suárez fue participante y beneficiario del régimen de Franco; si no hubiera pertenecido al círculo más íntimo del poder, no habría estado en posición de abolir la dictadura. Al mismo tiempo, su pasado le aseguró la desconfianza insuperable de todos los demócratas. De hecho, España no lo ha perdonado hasta el presente. A los ojos de sus antiguos camaradas, fue un traidor; a los ojos de aquellos para quienes había abierto el camino, fue un oportunista. Desde que se retiró como típica figura de la transición, no ha vuelto a pisar terreno firme. El papel que él representa en el actual sistema de partidos ha quedado más bien oscuro: Una cosa, y solamente una, tiene garantizada el héroe de la

retirada: la ingratitud de la patria.

En la figura de Wojciech Jaruzelski, esta aporía moral adquiere incluso rasgos trágicos. Él fue quien salvó a Polonia en 1981 de una inminente invasión soviética. El precio fue la proclamación de la ley marcial y el arresto preventivo de la oposición, que hoy, bajo su presidencia, rige al país. Este impresionante éxito de su política no lo salvó de que una parte notable de la sociedad polaca lo contemple todavía hoy con odio. Nadie lo aclama: jamás le liberará de las sombras de sus acciones. Él había contado desde un principio con ello; y en esto reside su fuerza moral. Jamás se le ha visto sonreír. El gesto tenso y totalmente inexpresivo, los ojos ocultos tras unas gafas oscuras, representan a este patriota como un mártir. Este San Sebastián de la política es una figura de estatura shakesperiana.

No puede decirse lo mismo de los rezagados. Egon Krenz y Ladislav Adamec no ocuparán probablemente en la historia más que una nota al pie de página: el uno, como una versión burlesca y el otro como la versión pequeño-burguesa del retirado heroico. Pero ni la sonrisa irónica del alemán ni el semblante paternal del checo pueden ocultar a nadie su indispensabilidad. La versatilidad acomodaticia que se les reprocha fue su único mérito. En la quietud paralizante del momento exacto en que cada bando aguarda el movimiento del otro y no acontece nada, alguien tiene que carraspear primero, producir ese ruido pequeño, medio ahogado, que pone en movimiento a un alud.

"Alguien", como decía en cierta ocasión un socialdemócrata alemán, "alguien tiene que ser el perro de presa. Setenta años después alguien tuvo que sujetar al perro de presa, por más que fuera un polichinela comunista el que rompió el silencio de muerte. Nadie le recordará con benevolencia. Pero precisamente esto lo hace memorable.

Los epígonos de la retirada se mueven por impulso ajeno. Obran bajo una presión que viene de abajo y de arriba. El verdadero héroe de la renuncia, en cambio, es él mismo la fuerza motriz. Mijail Gorbáchov es el iniciador de un proceso con el que otros, más o menos voluntariamente, intentan mantener el paso. El representa —como es ya hoy manifiesto— una figura secular. La dimensión de la tarea que se ha impuesto es algo sin precedentes. Está empeñado en desmontar el último imperio monolítico del siglo XX, sin violencia, sin pánico, sin guerras. Si esto será posible o no está por ver. Con todo, nadie habría considerado posible hace unos meses lo que él ha conseguido hasta ahora por ese camino. Tuvo que pasar mucho tiempo hasta el mundo empezó a entender su proyecto. La inteligencia superior, la valentía moral y la perspectiva amplia de ese hombre, todo ello estaba tan lejos del horizonte de la clase política —en Oriente y en Occidente— que ningún gobierno se atrevía a tomarle la palabra.

Sobre su popularidad en su país no podrá Gorbáchov hacerse muchas ilusiones. El más grande de todos los políticos de la renuncia se ve allí a cada paso enfrentado al problema

dedos resultados *inmediatos*, como si se tratara de anunciar otra vez a los pueblos un futuro prometedor que ofreciera a cada uno, según sus necesidades y de forma gratuita, jabón, cohetes y fraternidad; como si hubiera alguna otra forma de progreso que la retirada; como si no dependieran todas las oportunidades futuras de desarmar al Leviatán y de encontrar el camino que conduce del abismo a la normalidad. Es claro que cada paso por este camino representa un peligro mortal para el protagonista. Por la izquierda y por la derecha está rodeado de enemigos viejos y jóvenes, gritones y mudos. Como corresponde a un héroe, Gorbáchov es un hombre muy solitario.

No se trata en todo esto de reclamar un reconocimiento público para los grandes y pequeños héroes del desmantelamiento, un reconocimiento que, por lo' demás, ni ellos mismos piden. No hacen falta nuevos monumentos. En cambio, es hora ya de tomar en serio a estos nuevos protagonistas y considerar aquello en lo que se parecen y aquello en lo que se diferencian. Una moral política que sólo conoce figuras luminosas y seres desalmados no será capaz de realizar semejante examen.

Un filósofo alemán decía que para el final de este siglo ya no se trataría de mejorar el mundo, sino de salvarlo. Este juicio vale no sólo para aquellas dictaduras que actualmente están siendo desmanteladas delante de nuestros ojos. También a las democracias occidentales les aguarda un desbaratamiento del que no existe precedente. El aspecto militar no es más que uno entre muchos. Otras posiciones insostenibles que hay que eliminar son las que se refieren a la guerra de deudas con el Tercer Mundo, y la retirada más difícil de todas es la de la guerra que estamos librando desde la revolución industrial contra nuestra propia biosfera.

Sería hora, por tanto, de que nuestros diminutos políticos siguieran el ejemplo de los especialistas del desmantelamiento. Las tareas que hay que solventar exigen capacidades que hay que estudiar ante todo en los modelos. Así, una política de la energía o del tráfico que merezca tal nombre sólo puede abordarse con una retirada estratégica. Esta política exige el desmantelamiento de industrias clave que a largo plazo no son menos peligrosas que un partido único. El coraje civil que se necesitaría para ello es apenas mayor que el que un funcionario comunista necesita cuando trató de abolir el monopolio de su partido.

En lugar de esto, nuestra clase política se complace en posturas vacuas de vencedores y mentiras de autocomplacencia y vanidad. Se congratula en su miopía y cree que va a dominar el futuro si no hace nada por cambiar. Del imperativo moral del sacrificio no conoce nada. El arte de la retirada le es ajeno. Nuestra clase política tiene mucho que aprender.

Hans Magnus Enzensberger: poeta y ensayista alemán, autor de *El corto verano de la*

anarquía, El interrogatorio dula Habana, Política y delito, Mausoleo, El hundimiento del Titanic y Europa, Europa, entre otros títulos.

Boris Kagarlitsky: ruso, es autor de *The Thinking Reed*, análisis de la relación entre los intelectuales soviéticos y el Estado.

Iván Klima: novelista checo, se le prohibió publicar a partir de la invasión soviética de Checoslovaquia, en 1968. Entre sus libros, hasta ahora todos publicados en el extranjero, se cuentan *My First Loves* y *A Summer Affair*. *Love and Garbage* se publicará próximamente en Inglaterra.

Günter Kunert: alemán, se afilió al Partido Socialdemócrata en 1949 pero fue expulsado en 1976 por protestar contra la expatriación de Wolf Bierman. Vive actualmente en la RFA con una visa estealemana.

Czeslaw Milosz: escritor polaco. Es autor de *El pensamiento cautivo* y de varios libros de poemas. En 1980 se le otorgó el Premio Nobel de Literatura. Pudo volver a Polonia el verano pasado.

John Simpson: editor de asuntos extranjeros de la BBC.

Andrei Sinyavsky: nació en Moscú en 1925. La publicación bajo seudónimo del ensayo "¿Qué es el realismo socialista?" provocó su arresto y condena a siete años en un campo de trabajo. Desde 1973, vive en París, donde edita la revista literaria de emigrados *Syntaxis*: En el texto que publicamos menciona el despido, en noviembre pasado, del editor de *October*. Se trata de Anatoly Ananyer y el artículo antisoviético que había publicado era un extracto del libro del propio Sinyavsky sobre Pushkin.

Josef Skvorecky: salió de Checoslovaquia a raíz de la invasión de 1968 y se estableció en Canadá, donde es catedrático en la Universidad de Toronto y donde, a la vez, dirige la editorial de emigrados '68. Su libro más reciente es *Talkin' Moscow Blues*. Al español se ha traducido *El saxofón bajo*.

George Steiner: nació en París en 1929. Ha colaborado en *The Economist*, *Harper's*, *The New York Times*. Poeta, ensayista y cuentista, entre sus obras se cuentan *Tolstoi y Dostoievsky*, *Después de Babel*, *Lenguaje y silencio*, *Antígona* y *En el castillo de Barbaazul*.

Christa Wolf: nació en 1929 en Landsberg/Warthe (hoy perteneciente a Polonia). De 1949 a 1953 estudios de germanística en Jena y en Leipzig. Seguidamente actuó como colaboradora científica, profesora auxiliar; redactora, profesora titular. Desde 1962 escritora independiente, ha escrito entre otras obras *El cielo dividido*, *Muestra de infancia*, *Cassandra*, *Accidente*.

El texto de Christa Wolf y el llamamiento "Quédense con nosotros" se tomaron de *Wochenpost*, Berlín Este, n. 43, 1989. El texto de Kagarlitsky se tomó de *New Left Review*, n. 178, noviembre-diciembre de 1989. El de John Simpson, se tomó de *Granta*, n. 29, otoño de 1989. Todas los demás proceden de *Granta*, n. 30, invierno de 1989-90. El texto de Christa Wolf y el llamamiento que lo acompaña fueron traducidos por Julio Colón, y el de Enzensberger por Felipe Sarabia. Los demás fueron traducidos por Paloma Villegas.